XIII

Al día siguiente, el Marqués de Montbar, que parecía haber vivido diez años en una sola noche, salió de la fonda donde aún se hospedaba, apoyándose en un grueso bastón.

Su paso era débil y vacilante; aquella noche había encanecido sus cabellos y ahondado sus mejillas.

Se hallaba completamente vestido de negro, lo que hacía resaltar la densa palidez de sus facciones.

Dirigióse al Gobierno civil y pidió ver al Gobernador, á quien demandó media hora de audiencia reservada, que le fué al instante concedida.

—Señor—dijo con voz sorda,—mi esposa huyó en la madrugada de ayer del domicilio conyugal, seducida por un hombre.

El Gobernador miró turbado y á la vez compadecido al Marqués.

—¿A qué disfrazar la verdad?—prosiguió éste. —Lo que sucede no es un crimen de mi parte, ni quiero considerarlo como tal de la suya. Es una desgracia, y nada más.

—¿Sabe usted quién es ese hombre? —preguntó el Gobernador.

—Creo saberlo. El que me infunde sospechas se llama Edmundo de Valence y es natural de París. Deseo saber si está aún en la ciudad ó si se le ha dado pasaporte.

El Gobernador escribió dos renglones en un papel, y tiró de la campanilla.

—Que se averigüe esto,—dijo al oficial que se presentó.

Diez minutos después entró otro empleado y entregó una nota al Gobernador, retirándose al instante.

—No se ha dado pasaporte á esa persona—dijo el Gobernador,—y debe hallarse en la ciudad ó en algún pueblecillo inmediato. ¿Quiere usted encontrar á los culpables? Pondré á su disposición algunos agentes para que le ayuden en sus pesquisas.

—Gracias, caballero—respondió el Marqués. —Admito con reconocimiento el auxilio que se me ofrece, pues yo solo quizá tardaría mucho á dar con los culpables. No tema usted ni un crimen, ni siquiera un escándalo, porque es precisamente el escándalo lo que trato de evitar. Quisiera que las pesquisas se hicieran con todo el sigilo posible, y que cualquier indicio que haya se me avise reservadamente.

—Así se hará, caballero,—dijo el Gobernador.

Mr. de Montbar salió con paso lento. Su cabeza

se hallaba doblada sobre el pecho, como si la abrumasen á la vez una inmensa vergüenza y un supremo dolor.

Dirigióse á su casa y se dejó caer de nuevo en un sillón, como si sus fuerzas se hallasen agotadas.

Dos horas estuvo con la cabeza oculta entre sus manos: pasaba por delante de sus ojos su vida entera, tan triste y tan llena de pesares; veía á Cristina faltándole á la fe prometida, cuando él todo lo había olvidado por ella.

Su ayuda de cámara le sacó de sus dolorosas reflexiones, al entrar con una carta cerrada en una bandejilla.

—La persona que la ha traído espera á que el señor Marqués la lea,—dijo el doméstico, retirándose.

La mano de Mr. de Montbar temblaba de una manera nerviosa. Lo que tenía en ella debía ser algún aviso del Gobernador.

No se engañaba. Era una nota concebida en estos términos:

«Se han encontrado las personas cuyo paradero desea usted saber. Esta noche debían salir para Inglaterra, y con este motivo se ha presentado para refrendar su pasaporte. Se ha seguido al hombre que lo ha traído. La persona encargada de dar á usted este aviso le acompañará hasta su domicilio.»

Mr. de Montbar sintió que la alegría subía á su

rostro en nubes de fuego. Levantóse, guardó en el bolsillo el aviso que acababa de recibir, tomó su sombrero y salió á la antecámara, donde esperaba el agente, al que dijo con voz trémula:

—Vamos.

Éste le siguió silenciosamente.

Atravesaron ambos la ciudad. Eran las cuatro de una templada tarde de otoño. Al salir al campo, el aroma de los viñedos, de los olivares, de los huertos llenos de frutales y de flores, comunica la alegría al alma é imágenes risueñas al pensamiento. Los últimos aromas de las flores de Septiembre parecían transmitir una embriaguez encantadora á los sentidos.

El Marqués, dotado de una naturaleza tan poética, nada sentía, sin embargo; caminaba cabizbajo y pensativo al lado del agente, y cuando levantaba la vista, un relámpago de ira ó una lágrima de dolor brillaba en sus negros ojos.

Atravesando un vallecito florido, se hallaron en un bosquecillo de árboles jóvenes, regado por un arroyuelo, al fin del cual se veía una casita blanca, semejante á una nevada paloma.

Detúvose el agente y dijo con su voz grave y helada:

—Aquí es.

—Amigo mío—repuso el Marqués,—ya no necesito de la ayuda de usted: le doy mil gracias por haberme acompañado, y le suplico que se retire.

Al decir estas palabras puso una onza de oro en la mano de aquel hombre, que se retiró haciendo mil cortesías.

La puerta de la casita estaba abierta; un mozo de una fonda salía con una enorme cesta vacía, y se dispuso á cerrarla; pero el Marqués le detuvo, pasó, cerró después y empezó á subir tranquilamente la escalera.

XIV

La casita tenía un solo piso. Diez ó doce peldaños de una escalera suave y cómoda conducían á él.

Sin duda los actuales habitadores no habían querido quedarse en la planta baja, á fin de evitar la mucha publicidad.

Una mujer, vestida con una bata blanca, arreglaba algunos platos sobre una mesa cubierta con un mantel muy limpio. Esta mujer se hallaba de espaldas á la puerta de la estancia donde se había detenido el Marqués; pero éste la conoció fácilmente.

Dos trenzas magníficas de cabellos castaños descendían por su espalda; su estatura era alta, y su figura estaba llena de nobleza y distinción.

Cerca de la ventana había un hombre joven y de bella presencia, que leía un periódico francés.

Ni una ni otro vieron aparecer á Mr. de Montbar, que había entrado justamente al abrir el camarero la puerta para salir.

Cristina se volvió para alcanzar un plato de un aparador que se hallaba á su derecha, y entonces su vista se fijó en el Marqués; lanzó un grito so-

focado y dejó caer el plato de la mano, quedándose pálida y temblorosa.

El que leía se volvió vivamente para averiguar la causa del espanto de su compañera. Vió á un hombre apoyado en el marco de la puerta, y no distinguiendo bien sus facciones, exclamó con aire sorprendido é irritado:

—¡Caballero!

—¡Caballero!—repitió el Marqués, mirando á Edmundo frente á frente.

Este, como herido por un rayo, dejó caer á su vez el periódico que tenía en la mano, y quedó inmóvil y confundido ante el marido ultrajado.

Mr. de Montbar avanzó algunos pasos lentamente hasta colocarse en medio de los dos; cruzó los brazos sobre el pecho, y dijo con una triste amargura:

—¿Por qué tembláis? ¿Quién soy yo? ¡Un hombre honrado! ¡Nada más! ¿Quién sois vosotros? Tú, una pobre y débil criatura—añadió, señalando á su mujer;—y usted, un vil seductor, ¡un hombre despreciable!

Al pronunciar estas palabras designó á Mr. de Valence, que dió un salto hacia atrás y se puso lívido de cólera.

—No te castigaré, Cristina—prosiguió el Marqués, sin hacer caso alguno de aquel movimiento;—yo soy un hombre fuerte y valeroso, y no alzaré mi mano sobre una criatura débil é indefensa: esa sería una hazaña digna de un cobarde; ademas, desgraciada mujer, sólo tengo fuerzas para compadecerte; te conozco y sé que, pasada esa embriaguez que se ha apoderado de tí, tu verdugo más cruel será tu propia conciencia. En cuanto á usted, señor de Valence, hijo y hermano de mis dos mejores amigos, ya es otra cosa.

—Estoy á las órdenes de usted—dijo Edmundo con frialdad;—sólo usted tiene derecho á imponer condiciones.

—Saldremos esta noche los tres para París. Mi mujer volverá á su casa, que es la mía; usted y yo nos batiremos con testigos: el mío lo será su hermano de usted.

—El mío mi padre—repuso Edmundo:—está dicho.

Y miró fieramente al Marqués, como haciéndole ver que le importaba muy poca cosa de la vida.

—No hay que hablar ahora nada más—dijo el Marqués.—Hasta la noche, caballero, en la casa de postas.

—Hasta la noche.

Mr. de Montbar ofreció el brazo á su mujer, que se apoyó en él sin decir una sola palabra, y salió después de enviar una mirada de desesperación á Edmundo de Valence.